las no cunda más adelante el contagio y fuego de esta peste. Fruto también ha sido, y es al presente de mucha estima, y que se puede esperar adelante será muy abundante, el que cogen nuestros operarios de la doctrina que tienen á su cargo en un pueblo junto á la ciudad de Manila, donde viven chinos que llaman sangleyes que vienen á tratar á las Filipinas, de la gran China, y de ellos unos se han convertido á nuestra santa fe y otros se disponen para lo mismo; y de los unos y de los otros cuidan como Curas los de la Compañía.

Por frutos también muy preciosos de abundantes merecimientos de gloria de nuestra Provincia de Filipinas, podemos contar los innumerables trabajos, fatigas, cansancios, sed, hambres, peregrinaciones de caminos y navegaciones que les han costado estas empresas en aquellas islas. Por fruto muy principal de su Apostolado, contaba el Sagrado Apóstol, no sólo las almas y gentes que había convertido, sino como fruto muy principal de su predicación evangélica, y por prueba de que no se habían malogrado los dones de la gracia en él y de lo que se gloriaba, era haber padecido grandes trabajos. 1 Cor. 15, 10. *Gratia Dei in me vacua non fecit, sed abundantius illis omnibus laboravi;* y de estos trabajos padecidos por Cristo y por la predicación de su Evangelio han cogido abundante cosecha nuestros Padres de Filipinas, porque esta tierra de suyo es calidísima y no continuada sino divididas las islas con brazos y golfos de mares, y esos muchas veces infestados de piratas y enemigos. Las embarcaciones en que los atraviesan muy flacas y peligrosas, y algunas veces no van más de cuatro dedos fuera del agua. Cuando los Padres salen enhorabuena de estos peligros, y libres de ellos saltan en tierra, les queda el caminar á pie para visitar los pueblos de cada isla, los mantenimientos que hallan en todo diferentes y peregrinos de aquellos con que se criaron, arroz cocido en agua, en lugar de pan de trigo; los demás manjares pobres, exquisitos y tal vez yerbas y raíces del campo; el trato de la gente, su condición y lenguas, todo no menos peregrino que los manjares. Y aunque es verdad que entre estos isleños se hallan muchos de condición tratable, fieles y dóciles, pero entre ellos también se halla mucha zizaña y de aquella mala semilla que dijo en su parábola el Redentor del mundo, que el enemigo del género humano había sembrado entre la buena en el campo de la Iglesia. Hállanse muchas veces entre esta gente hechiceros que tienen trato familiar con el demonio, otros envejecidos en vicios y costumbres gentílicas, bárbaras é intratables, ¿pues quién podrá dudar que los operarios que trabajan en la labor de este campo y sementera llena de tanta zizaña y espinas, les haya de costar grandes sudores y trabajos el beneficiarla y labrarla?

Finalmente, son tantos los peligros, trabajos, peregrinaciones de mar y tierra, hambres, fatigas, cansancios á que por encaminar las almas al Cielo se exponen estos siervos de Dios, desde el punto que ponen los pies en estas islas, que podemos decir que cuanto es de su parte se ofrecen y tragan la muerte muchas veces. Y aún podemos añadir que hacen esta fuerza desde el punto que, desterrándose de su patria tres mil leguas por el mar océano, y después otras tres mil por el mar del Sur hasta llegar á las Islas Filipinas, no para descansar sino á emplearse en los nuevos trabajos que en ellas les esperan. Y tenemos mucha razón de llamar frutos santos á tales trabajos padecidos por la gloria de Cristo, cuya cosecha viene á ser abundantísimos y eternos grados de gloria, en que tendrá su parte nuestra Provincia de Nueva España, como madre que ha dado muchos de sus hijos para los ilustres empleos de las Islas Filipinas.

CAPITULO IX.

De otras particulares empresas del bien público y general amparo de la cristiandad de Filipinas, en que se han empleado los Religiosos de la Compañía.

Bien conocido tienen los hijos de esta sagrada familia, desde el día que son admitidos en su gremio y se les ponen las Reglas de su Instituto en las manos, que por su profesión quedan dedicados y ofrecidos á la obediencia para todas aquellas empresas y empleos de su vida, que condujeren al servicio divino y beneficio de los prójimos, aunque se arriesgue la vida en esta demanda; y de este género de empresas no han sido pocas las que se les han ofrecido á nuestros Religiosos de las Filipinas, y de que yo debo hacer aquí memoria, por haber sido obras de mucho servicio de las dos Majestades: la Divina en primer lugar, y la de nuestros Católicos Reyes y para el bien universal de la cristiandad de aquellas islas, que con católico celo y su real amparo conservan.

El año de 1582, gobernando D. Juan Ronquillo Peña Loza aquellas islas, de los primeros Padres que pasaron á ellas mandó al P. Alonso Sánchez que en nombre de S. M. fuera á la ciudad de Macao á disponer el que con paz se sujetase aquella ciudad al servicio y obediencia del Rey de Castilla, como todo lo demás del Reino de Portugal lo había hecho. Embarcóse el Padre y en el viaje fué preso de los chinos y cautivo en su tierra, de donde después de muchos trabajos pasó á la ciudad de Macao, y con facilidad alcanzó su pretensión y el sujetarse aquella ciudad al servicio y obediencia de S. M. Apenas había vuelto el mismo Padre á la ciudad de Manila, cuando hubo de volver á la Gran China por orden del Gobierno y servicio de S. M., por haberse entendido que un navío que salió de Filipinas para la Nueva España, había arribado á las costas de China y sido robado de los naturales de aquel Reino, ordenándose al Padre fuese con el factor real al desembargo de este navío; fué, y negoció como se esperaba y deseaba, y de vuelta á la ciudad de Manila, forzado de los tiempos, arribó á la Malaca, donde se le ofreció ocasión bastante de mostrar el celo con que acudía al servicio de S. M., y llegando á Manila mostró haber dispuesto y negociado aún más de lo que se le había encargado.

Conocieron sin duda las veras con que el P. Alonso Sánchez tomaba el servicio de S. M. y cuán felizmente lo ejecutaba, y así, haciéndose en la ciudad de Manila una junta de todos los Estados para señalar persona que en nombre de todas aquellas islas fuese á la Corte de

España á dar noticia del estado de ellas para el buen acierto de su gobierno, todos, unánimes y conformes, nombraron al P. Alonso Sánchez, despachando una real provisión para que el Superior de la Compañía le mandara cumplir con lo dispuesto por todos los Estados de aquellas islas. El Padre se sujetó á esta obediencia, y con poderes bastantes llegó á la Corte de Madrid y representó al estado de aquellas islas con tanta aceptación del Sr. Rey Don Felipe II, que le ordenó S. M. pasara á la Corte Romana para informar de ellas al Sumo Pontífice: y en una y otra Corte, con cuarenta y tres tratados que compuso, dió tan clara y plena noticia de todo el estado de la cristiandad de aquellas islas, que ha sido el derrotero para el acierto del gobierno eclesiástico y seglar de ellas. Demás de eso, fueron grandes las gracias é indulgencias que en favor de aquellas islas, conservación y amplificación de su cristiandad, concedió Su Santidad al P. Alonso Sánchez, porque fueron estas indulgencias de las más célebres que se han concedido en Roma y más en favor de la cristiandad de Filipinas; porque en la concesión de ellas encarga el Sumo Pontífice á todos los fieles de la Santa Iglesia que encomienden á Nuestro Señor la amplificación y aumentos de aquella cristiandad. Grande favor encargar un Sumo Pontífice á toda la Iglesia pida á Dios haga mercedes y beneficios á las Islas Filipinas, beneficio que alcanzó la diligencia del P. Alonso Sánchez, de nuestra Compañía.

Ni fué pequeño servicio otro del P. Raymundo de Prado, uno de los primeros que pasaron á aquellas islas, cuando el año de 1603 se levantó el Chino contra Manila, ocasión en que hallándose poco prevenida y con pequeñas fuerzas para tanto enemigo, temió su total ruina; acudió el Padre como otro Moisés á la oración, pidiendo el remedio de su pueblo con grande eficacia, por la experiencia que su grande virtud y santidad tenía de recibir de Dios semejantes favores, y le fué revelado, día de la víspera de San Francisco de Asís, que la ciudad quedaría libre, viendo juntamente á San Francisco que, puesto en la muralla, defendía la ciudad de Manila. Con esta revelación, que contó como si fuera de tercera persona, animó al pueblo, con que poniéndose en defensa vencieron al enemigo, y supieron claramente que este favor fué hecho al P. Raymundo de Prado, y de que hay fama tan pública, que muchas veces se ha predicado en la fiesta que todos los años hace aquella ciudad á San Francisco, en agradecimiento de tantos beneficios, reconociéndole haberle recibido del P. Raymundo de Prado y por su oración. No ha salido armada de aquellas islas sin los Ministros de la Compañía; y en la que sucedió el año de 1600 con el Dr. Morga contra el inglés, salió el P. Santiago, y yéndose su Capitana á pique, estando ya el Padre con otros en el esquife para salvarse, pidiendo confesión uno de los que quedaban en la nao, volvió á ella el Padre y quedando ahogado, entregándose voluntario á la muerte por acudir al remedio de una alma.

El año de 1615, el Gobernador D. Juan de Silva envió á la India Malaca y Macao, en nombre de S. M., al P. Juan de Rivera, varón de mucha prudencia y religión, para que dispusiese el unirse las fuerzas de la India con las de Filipinas contra los holandeses de aquellas costas. Fué el Padre y negoció cuanto importaba al servicio de Dios y de S. M., y el año siguiente con la armada salieron también por capellanes los de la Compañía de Jesús; empresas todas, que aunque

trabajosas y peligrosas, las han aceptado los nuestros por el bien universal de aquella cristiandad.

Al P. Adriano de las Certes envió el Gobernador y ciudad de Manila á la de Macao á negocios importantes del servicio de S. M.; fué preso de los chinos en el viaje y cautivo muchos meses con grandes trabajos, y al fin llegó á Macao y negoció lo que llevaba á su cargo, y vuelto á Manila, de lo que vió y notó en la China en tiempo de su cautiverio, dió muchas noticias importantes al servicio de S. M. y conservación de aquellas islas. Para todas las conquistas de Mindanao y Joló (que han sido de las grandes empresas de aquellas islas) han servido los de la Compañía con sus personas, bastimentos é indios de sus doctrinas; el alzamiento de los indios de Bohol, que dió mucho cuidado, quedó apaciguado brevemente por los de la Compañía y naturales reducidos en paz á servicio de Dios y del Rey.

En la última conquista de Mindanao y Joló, que hizo el Gobernador D. Sebastián Hurtado de Corcuera, los de la Compañía fueron los capellanes, ellos los que acudieron con muchos bastimentos á su costa, y ellos los que se expusieron á mayores peligros. En esta conquista asistió incansable el ilustre mártir de estos tiempos, P. Marcelo Mastrili, animando con su ejemplo, exhortando con sus palabras, y curando con sus propias manos á los enfermos y heridos, en que se experimentaron singulares favores de Dios, debidos al celo del santo Padre que quiso dilatar un año la corona del martirio que sabía tenía segura en Japón (como se lee en su historia), por emplearlo en servicio de esta conquista de tanta importancia para esta cristiandad, y conseguida quizá por las oraciones de tan heroico varón.

En la conquista de Joló por el mismo Gobernador D. Sebastián Hurtado, el año siguiente, los de la Compañía fueron los que incansables le asistieron con sus personas, indios y bastimentos, y ellos fueron los que quedaron en todos aquellos presidios para enseñanza de los españoles y reducción de los moros, con los trabajos y peligros que se deja entender, donde han ya muerto muchos en servicio de ambas Majestades; y finalmente, por los de la Compañía están hoy en paz las islas de Mindanao, Joló y otras circunvecinas, tomando á su cargo el meterse en medio de los mayores enemigos con evidente peligro de la vida, todo al fin de reducirlos pacíficos al servicio de Dios y confesiones de su santa fe, como lo hacen.

Otras muchas acciones y empresas santas pudiera contar aquí de nuestros Padres, que por espacio de setenta años para mucha gloria de Dios y bien universal de aquellas almas han emprendido en las Islas Filipinas; pero remítolas para que nos dé razón de ellas más en particular la pluma á quien las encomendare aquella muy religiosa Provincia, con las santas fatigas, sudores y trabajos que por Cristo en ellas han padecido, que todas esas noticias serán de mucha edificación en la Iglesia Católica, cuyos límites pretenden dilatar los hijos de la Compañía en las partes más remotas del mundo.

CAPITULO X.

Religiosos de la Compañía que por la gloria de Dios y predicación del Evangelio han derramado su sangre en las Islas Filipinas.

Habiéndome obligado en este tratado á escribir por mayor de los frutos que se han seguido de la fundación de nuestra Provincia de Filipinas, dichoso parto de la nuestra de Nueva España, no debo dejar de referir y recoger aquellos que han sido los más preciosos y gloriosos frutos á la misma Compañía, con que está gloriosamente coronada de hijos, que por extender la gloria del Santísimo nombre de Cristo y por la predicación del Evangelio, se pusieron á riesgo de derramar su sangre y perder la vida, como en efecto la derramaron y perdieron en esta gloriosa pretensión, cuya dulce memoria y ejemplo alienta los ánimos de los que los desean imitar. El primero con que daré principio al glorioso catálogo de estos valerosos soldados de Cristo, será el dichoso P. Francisco Paliola, que aunque no fué el primero en tiempo de los hijos de la Compañía que en estas ilustres empresas derramaron su sangre, pero por tenerla muy fresca y su memoria por haber poco que la derramó cuando esta historia se escribe, comenzaremos por ella y su santa vida, antes de su dichosa muerte. Fué el P. Francisco Paliola natural de la ciudad de Nola, entró en la Compañía habiendo estudiado sólo Gramática, y por su grande humildad no quiso pasar á ciencias mayores, quedándose en estado de Coadjutor espiritual; llamóle Dios á las Indias, y con esta santa vocación pasó á Filipinas con el P. Diego de Bobadilla el año de 1643; luego que llegó á Manila se conoció su fervoroso espíritu y fué enviado de la obediencia á la residencia de Dapitán, donde dilatándose su fervorosa caridad, cogió á manos llenas méritos para sí, y para los graneros del Cielo copiosos frutos de almas que fuesen á gozar de Dios; sus virtudes eran propias de un operario evangélico; sumamente amigo de la santa pobreza, traía su vestido tan lleno de remiendos, que apenas se conocía la principal materia de él, y lo mismo era en los zapatos, cosiéndolos por sus manos. En la pureza parecía no haber pecado en Adán; fervoroso en su continua oración, y finalmente, parecía que todas estas virtudes le había comunicado Dios como disposición para el martirio, si no es que digamos que por premio de ellas se lo quiso Dios dar.

Fué enviado del Superior de su residencia á una visita de los subanos, gente de suyo feroz, en la cual se había introducido doctrina mahometana. Antes de salir á ella el P. Paliola, dijo á otro Padre que allí se hallaba que iba á ser mártir de Cristo, confirmándose tanto en ello, que se juzgó le había sido revelada la gloriosa muerte que había de padecer. Fué con grande alegría, y llegado al puesto, puso grande diligencia en reducir al rebaño de Cristo algunas ovejas descarriadas de aquella feligresía, en especial un apóstata que vivía retirado en los montes con otros criminosos de su parcialidad: envióle á decir al

Padre, después de varias exhortaciones, que bajaría con todos y que haría todo lo que le quisiese mandar. Vino á las cuatro de la mañana con muy diferente intento que el que en sus palabras fingió, porque con los compañeros de su maldad cercó la casa, y luego que los muchachos compañeros del Padre sintieron el ruido, que fué fácil por ser la casa de madera y paja, avisaron al Padre del peligro en que estaba, el cual, levantándose de la oración en que estaba, tomó el rosario, que le tenía aparte, y sin turbarse se puso de rodillas á esperar la muerte para con ella cobrar nueva vida. Entraron los parricidas apóstatas, y allí de rodillas dieron al mártir de Cristo un golpe con una grande cuchilla que le partió la cara, é invocando el santísimo nombre de Jesús cayó tendido en el suelo, y luego segundaron con muchas lanzadas que abrieron otras tantas puertas, para que aquella santa alma saliese á gozar de su Criador y Redentor; robaron luego lo que había en la Iglesia, y profanando los vasos sagrados en inmundos ministerios, tomaron un Crucifijo de bronce que tenía el santo Padre por fiel compañero, y lo colgaron de una cuerda y le dieron muchos palos, diciéndole blasfemias. Pruebas todas que confirman el haber quitado la vida estos bárbaros á este Ministro evangélico, en odio de la fe santa de Cristo que predicaba; pues podemos decir que el mismo Cristo, en su sagrada Imagen, fué juntamente con él martirizado. Estuvo el santo cuerpo algunos días tendido en el suelo, hasta que la piedad de otros fieles lo llevaron á Dapitán sin corrupción, donde fué depositado.

En la misma hora que la santa alma subió al Cielo, se supo que la vió una mujer, grande sierva de Dios que vivía en Dapitán, de esta manera: vió hacia aquella parte muchas luces, á manera de estrellas, y que entre ellas subía una más radiante que las otras; y todo esto lo escribió el P. Juan de Contreras, Rector de Dapitán, que era Superior del santo mártir.

Poco después padeció la muerte por dilatar el Evangelio el P. Juan del Campo: fué natural de Jarantilla, en la Vera de Plasencia; pasó á Filipinas con el P. Diego de Bobadilla, donde acabados sus estudios y después de su tercera probación, le envió la obediencia á la residencia de Zamboangan para que aprendiese aquella lengua de la isla de Mindanao, y también ejercitara los ministerios de la Compañía en el presidio de aquellas fuerzas, y descubriendo deseos de mayor empleo, fué enviado á una visita de doctrina llamada Siocon, que servía cultivando y arrancando la secta mahometana y superstición de los ídolos, y plantando nuestra santa fe católica. Habiendo llegado este siervo de Dios á sus playas, bajaron los naturales á ellas pensando el Padre que le venían á dar la bienvenida, pero en lugar de ella le dieron la enhorabuena vaya, porque llegando á él le dieron muchas lanzadas, y su alma voló al Cielo. El cuerpo echaron en la mar y lo sepultó piadosa en sus aguas, y no pareció más; á la otra gente que iba con el Padre no hicieron daño, diciéndoles que el Padre venía á obligarlos á que oyesen Misas, y que ellos no las querían oir; permitiendo Dios que estos perversos enemigos de Cristo declaren, para mayor gloria de sus siervos, el intento con que les quitan la vida.

Los Joló es nación pervertida de la secta mahometana, han perseguido la cristiandad de las Islas Filipinas, y esos enemigos de Cristo cautivaron al P. Vilancio, que estaba doctrinando sus indios cristianos, varón santo y penitente, el cual finalmente murió en su cautive-

rio y prisión, y podemos decir que con tan gloriosa muerte como los fieles que morian desterrados por la fe.

Otro Padre valenciano, llamado Pedro Andrés, murió en la isla de Mindanao, inficionada también de la secta mahometana, donde los nuestros trabajan hasta hoy en introducir nuestra santa fe, y murió á manos de un traidor que le quitó la vida á este santo varón con palabras de una falsa amistad, riesgo á que se expuso este siervo de Dios por predicar la fe de Cristo.

El P. Bartolomé Sánchez, natural de Murcia, iba por orden de la santa obediencia en compañía de los españoles que peleaban contra los mahometanos, enemigos de Cristo, de la isla de Mindanao, y en esta empresa santa murió. Y la podemos llamar santa, pues están dedicados á ella los caballeros y religión del hábito de San Juan.

En otra semejante empresa fué muerto el P. Francisco de Mendoza, natural de Lisboa, que iba á doctrinar á cristianos de Joló, porque como verdadero hijo de la Compañía, aunque con peligro de su vida profesaba obedecer, y ejercitando la obediencia murió. El P. Miguel Ponce era Rector de una residencia y doctrina llamada Palápag, cuyos indios, inquietos con las alteraciones con que continuamente el demonio procura pervertir á los que de nuevo se convierten á nuestra santa fe y más en particular á los que la predican, le quitaron la vida á este su pastor, y él por bien de sus ovejas, imitando á Cristo, la ofreció con mucha voluntad.

Sucedióle en el puesto y oficio al P. Miguel Ponce el P. Vicente Damián, y cúpole también la misma buena suerte y muerte, no acobardándole la de su antecesor para dejar de ofrecer él su vida por la misma causa, muriendo á manos de los mismos indios alzados, que entraba á doctrinar y reducir á la Iglesia.

El blasón ilustre de todas estas muertes, es el haberlas padecido y puéstose al riesgo de padecerlas estos Ministros de Cristo, no por otra causa que por extender la gloria y conocimiento de su Santísimo Nombre entre gentes bárbaras y ciegas en la fe, empresa en que saben, cuando la emprenden, que llevan expuestas á riesgo sus vidas y muchas veces tragada la muerte por obedecer y por ayudar á la salvación de las almas, títulos todos que hacen dichosas y gloriosas á los divinos ojos las muertes de estos siervos de Dios, y que son grande lustre á su madre la Compañía. Demás de estos santos hijos que con el derramamiento de su sangre ilustraron la Provincia de Filipinas, su madre ha sido dichosa en haber ofrecido la vida de otros santos hijos que, con celo de volver por la honra del verdadero Dios, y en tiempo que esa era perseguida en el Japón, pasaron á él los años de 1642 y 1643, y allí fueron descubiertos y con fiera crueldad martirizados. Estos valerosos soldados de la Compañía de Jesús fueron el P. Alonso de Arroyo, natural de Málaga, y otro el P. Diego de Morales, de la Provincia de Castilla la Vieja, que habían pasado á Filipinas con deseo de emplearse todos en amplificar la gloria de Dios y bien de las almas, y cumplióles Su Majestad sus santos deseos, pues finalmente, ofrecieron sus vidas, que es lo fino de la caridad, por esa misma causa. Y tengo para mí que algunos otros han muerto por causa tan gloriosa, aunque cuando esto se escribe no ha llegado á mi noticia. Y habiendo escrito de varones santos que violentamente remataron sus vidas por la gloria de Cristo al golpe de la espada y alfanje, ahora se nos sigue

escribir las de aquellos que aunque murieron en paz, se los llevó Nuestro Señor después de haberse ejercitado muchos años en la misma Provincia de Filipinas en obras insignes y santas, habiendo pasado á ella de nuestra Provincia de Nueva España.

CAPITULO XI.

Vida, virtudes y feliz tránsito de esta vida mortal del venerable P. Ignacio de las Cortes, de la Compañía de Jesús.

Entre los sujetos que apostólicamente trabajaron en la viña del Señor, de nuevo plantada en las Islas Filipinas, habiendo primero trabajado con el mismo espíritu en nuestra Provincia de Nueva España, fué el venerable P. Ignacio de las Cortes, varón verdaderamente esclarecido en toda virtud y religión. Títulos todos por los cuales está obligada esta historia á hacer mención del que se empleó en dos Provincias, y en ministerios de tanta santidad. Y porque los más años de su muy religiosa vida los gastó y empleó este siervo de Dios en ayuda de las almas de las Islas Filipinas, quisieron los Padres de aquella Provincia consolar y pagar, á la de la Nueva España, el habérselo dado con tanta voluntad, escribiéndole y dándole nuevas de los santos trabajos y feliz tránsito de tan santo hijo; y así, me pareció poner aquí la relación que de su vida se escribe, que dice así: «A 14 de Mayo de este año de Nuestro Señor, fué servido de llevar para sí (como lo esperamos) al P. Ignacio de las Cortes, de edad de 78 años, los 57 de Compañía, y de ellos 40 de Coadjutor espiritual formado, y 47 de operario de Indias. La enfermedad por medio de la cual Nuestro Señor se lo quiso llevar, fué un catarro maligno, ramo de peste que cundió por toda esta comarca, sin exceptuar apenas persona que no lo padeciese. A los primeros días de su enfermedad juzgó sería la última de su vida mortal, que se le había de trocar por la eterna; y así, aunque había muchos años que con especial cuidado se preparaba para la muerte, olvidando la preparación pasada, comenzó otra con nuevos alientos y mayor fervor, confesando generalmente, haciendo muchos actos de contrición y recibiendo muy á tiempo el Santísimo Sacramento y Extremaunción, á que se siguió su dichosa muerte y preciosa á los ojos de Dios, coronada con los méritos ganados en 57 años de muchas batallas que tuvo en la milicia de la Religión. Si bien, no debieron de ser pequeñas, ni ajenas de gloria inmortal, fuera de las que tuvo antes de entrar en la Compañía, pues siendo de edad de 21 años, y viviendo en Universidad libre de freno de corrección de quien le crió, tuvo su cuerpo tan enfrenado con el santo temor de Dios, tan sujeto á la razón, que entró ceñido con el cíngulo de la castidad virginal que después por toda su vida conservó. Nació el P. Ignacio en la ciudad de Huesca, Reino de Aragón, Obispado de Tarazona, de padres muy nobles; tuvo un tío, dignidad en la Iglesia de la dicha ciudad, y siervo de Dios, que conociendo que la nobleza que no ilustran los resplandores de la vir-